

16 de julio de 2017

¡Felices los que trabajan por la Paz!

XV Domingo del Tiempo Ordinario

Julio 16 de 2017

Is 55,10-11

Sal 64

Rm 8,18-23

Mt 13,1-23

El que tenga oídos que escuche

La historia de nuestro país está marcada por millones de relatos cargados del dolor que han sufrido las víctimas del conflicto armado a lo largo de más de cincuenta años. Las innumerables víctimas que ha dejado este conflicto histórico son testigos del horror que ha causado la guerra. Constanza Turbay Cote es una de tantos testigos que han sufrido en carne propia el dolor del secuestro y el asesinato de sus familiares.

Su caso es tristemente emblemático y por eso fue ella una de las personas que conformó el primer grupo de doce víctimas que asistió a los Diálogos de Paz en La Habana. A ella el conflicto le arrebató a un hermano suyo, Rodrigo (secuestrado y asesinado por las Farc el 16 de junio de 1995), a su madre Inés Cote y a su otro hermano, llamado Diego, (asesinado por la columna Teófilo Forero el 29 de diciembre del 2000). “Me pregunté para qué quería la vida si lo había perdido todo. Cuando las Farc secuestraron y mataron a mi hermano Rodrigo podía compartir el dolor con mi mamá y Diego, pero si acababan de matarlos también a ellos, ¿con quién iba a seguir mi vida? Era yo la que debía estar muerta”.¹

Sin embargo, Constanza no se quedó sumida en su dolor, decidió luchar para transformar esa realidad de muerte en una realidad de vida, esa realidad de rencor en una realidad de perdón y reconciliación, por eso decidió aceptar la invitación a participar en la mesa de diálogos. **“Lo perdí todo, pero tengo claro que nada de esto debe volver a ocurrir, y por eso vengo a La Habana sin odios, con una gran esperanza en este proceso de paz. La verdad nos sana a todos y vengo por la verdad sobre todo lo que hubo detrás del exterminio de mi familia. Se pueden negociar las penas, se puede negociar la reparación, pero no se puede negociar la verdad”**.¹

Situaciones como la de Constanza son las que nos traen las lecturas en la liturgia de hoy. El evangelio de Mateo y la lectura del profeta Isaías son una invitación a dejar que la palabra del Señor genere en nuestros corazones los frutos que Él espera de nosotros: **frutos de paz, de justicia y de reconciliación**. Así lo experimentó Constanza, quien después de haberle pedido a Dios que le quitara la vida, comprendió que Dios la animaba a colaborar con Él en su misión de reconciliación:



iFelices los que trabajan por la Paz!

“Le reclamé a Dios porque me mantenía con vida, pero pronto reaccioné. Si me tenía viva algo quería de mí”.¹

Llena de confianza en Dios, y animada por la fuerza del perdón, el deseo de la reconciliación, el anhelo de la verdad y de la no repetición de aquellos hechos dolorosos, Constanza ha entregado su vida entera a trabajar en la construcción de un mejor país, un país donde la paz sea posible, un país donde las únicas armas que empleemos para resolver nuestras diferencias sean el diálogo y los argumentos que nos permitan llegar a consensos. Luego de una incansable lucha de diecinueve años, Constanza vio cómo su esperanza no quedaba frustrada. Así lo manifestó después de haberse encontrado con uno de los jefes de las Farc en La Habana.

“Estábamos en el receso y yo hablaba con otra persona. ‘Iván Márquez’ se me acercó y me dijo: “Lo de las Farc con tu familia fue un error muy grande, yo te pido perdón (...) Tu hermano Rodrigo era un gran hombre” (...) “Ese pedido de perdón salió desde el corazón” (...) “Yo les había dicho que los saludaba con sentimientos de esperanza y de concordia. Quería decirles con eso que mi tónica era de reconciliación”.¹

Constanza vio cumplido su anhelo de verdad y reconciliación. Comprendió que el deseo de Dios era hacer de ella un instrumento de paz. Entendió que, en su dolorosa experiencia de vida, Dios la invitaba a ser signo de reconciliación y esperanza para manifestar su misericordia por medio de ella.

En el testimonio de vida de Constanza podemos ver cómo las palabras que el apóstol Pablo dirige a la comunidad de cristianos en Roma se hacen realidad, pues la humanidad hoy aún continúa esperando “la manifestación gloriosa de los hijos de Dios” (Rm 8,19b), cuyos signos preclaros son la disponibilidad para perdonar y acoger con misericordia al hermano que nos ha ofendido.

Tal vez esta es una de las mayores dificultades que como colombianos tenemos hoy: nos cuesta perdonar, nos cuesta reconciliarnos, nos cuesta tratarnos con misericordia. Nos cuesta entender que el valor supremo de la paz está por encima de los intereses políticos de unos cuantos, que es un derecho y un deber de todos para que –como hijos de Dios- construyamos un país de hermanos.

Un país en que el ruido de los fusiles se está silenciando, pero en el que debe silenciarse también el estruendo que producen los insultos y las descalificaciones en medio de las cuales nos hallamos sumidos. Un país en que nuestras profundas diferencias nos llevan a niveles alarmantes de polarización y nos impiden reconocer la presencia de nuestro Padre, que está en medio de nosotros y nos llama a la reconciliación para vivir como hermanos. Tanto en el testimonio de Constanza como en las lecturas que nos trae la liturgia de hoy podemos reconocer la voz del Señor que nos dice una vez más: “el que tenga oídos para oír, que oiga” (Mt 13,9).

¹ Periódico El Tiempo. 16 de agosto de 2014. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-14392396>

² Ibid.

³ Ibid.

⁴ Ibid.

